

**CUADERNILLO
DE POESIA
COLOMBIANA**

Padre CARLOS E. MESA

No. 57

**EDICIONES DE
UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
BOLIVARIANA**

LA POESÍA DEL PADRE CARLOS E. MESA

Por Jorge Montoya Toro

Si alguna obra poética gira dentro de la órbita de la gran poesía española de todos los tiempos, es la del sacerdote cordimariano Padre Carlos E. Mesa, vinculado a la Madre Patria, desde hace muchos años, de manera entrañable y cordial. No en vano se vive y se convive con una tradición lírica multiseccular, con un ambiente saturado de inefables esencias poéticas, con un aire impregnado de acentos que trazaron su huella cantora sobre la geografía sentimental de España.

Cuando conocimos las obras primigenias del Padre Carlos E. Mesa, agrupadas bajo el sugestivo y sencillo título de "De mi lámpara tenue", volvimos a tropezarnos con voces que venían desde la cantera clásica de la gran poesía de los Siglos de Oro. Allí la voz devota de Lope, su tierno arrullo navideño de canciones y villancicos, su inconfundible manera de dialogar con Dios, tras la amargura de la derrota temporal.

Y trajinando por otras lindes poéticas, el Padre Mesa acerca su acento a la voz paisajística de Juan Ramón Jiménez y de su escuela, saturando su verso del colorido típico del impresionismo juanramoniano. Puede afirmarse que el paisaje español cabe tan admirablemente en la poemática del sacerdote colombiano como en el recinto suntuoso de los mejores versos de la lírica peninsular, porque nuestro coterráneo se ha consubstanciado con todo lo que es la geografía física y espiritual de la tierra cer-vantina.

Al seguir de cerca la evolución poética del Padre Mesa, comprobamos jubilosos cómo nuevas vertientes afloran a ella y la sitúan en el plano de las más recientes adqui-

siones de la lírica española. Hay ya una tendencia a la eliminación de determinados elementos suntuarios, una tendencia a la economía verbal para dejar superstite sólo la medula poética, el claro acento despojado de innecesarias galas retóricas y sólo regocijado en su pura verdad lírica.

No son estas líneas, en manera alguna, una valoración total del mensaje poético del Padre Carlos E. Mesa, pues que un profundo y meditado juicio crítico requeriría tiempo y espacio suficientes para tan difícil tarea apreciativa. Es esta una breve nota cordial de introducción de la poética del ilustre religioso antioqueño ante los lectores de esta Revista, que podrán, mejor que el que estas frases suscribe, sentir la plenitud de estos versos sencillos y definir en su interior la exacta dimensión emocional de ellos.

DE VUELTA AL REDIL

- I -

La que anduvo, Señor, descaminada,
triste ovejuela de tu grey divina,
hoy vuelve a Tí, con la punzante espina
del dolor en el pecho atravesada.

Hace tiempo salió de la majada
para andar por los montes peregrina.
Mas faltóle, mi Bien, tu cristalina
fuente de amor: ¡Tu sangre inmaculada!

Cuánto tiempo vagó sin dar ófdo
a tus palabras, ciega a tus enojos
entre las zarzas del mortal olvido...

Hoy la sacas, Pastor, de los abrojos.
Tu silbo, la ablandó. ¡Tú la has herido
con el mirar de tus dolientes ojos!

- II -

Discurrir por caminos dolorosos
pródigo de la vida y la conciencia,
turbia ya la divina transparencia
de los primeros años candorosos.

Gustar, ver y sentir. Y con golosos
labios chupar la flor de la existencia
y retornar, oh dueño, a tu querencia
siempre de sed con ímpetus rabiosos.

Tal mi' vida, Señor. Mas hoy, maltrecho,
con el mezquino corazón rasgado,
pulso a tu puerta en lágrimas deshecho.

¿Será Jesús, tan grande mi pecado,
que si Tú cabes en mi angosto pecho,
no quepa yo en tu llaga del costado?

— — —

LA NIÑA BLANCA

- I -

La niña que pasa el puente
es aquella niña blanca
que, al amanecer, bajó
desde la cumbre más alta.
Entrado se ha por la puerta
que todos los hombres pasan;
más debe de ser princesa
pues el tributo no paga.

—Que pague la blanca niña,
que pague la niña blanca,
así el guardián le decía
con voces fieras y bravas.

—No te pagaré, Luzbel,
el de la vieja manzana...
que entro al mundo como reina,
que no vengo como esclava;
antes, porque aprendas, necio,
a no gallear audacias,
hacerte quiero merced
de probar en ti mis plantas.

Y aunque niña, pisa recio
Santa María la blanca,
la Niña que lo pisaba,
los ángeles que le hacían
la corte a su soberana.

- II -

Decidme los que guardáis
las puertas nazaretanas
cómo es de linda la niña
que agora la puente pasa.

—Ay mi Dios, y quién pudiera
decir su donaire y gracia.
Os diré que nos cautiva
con sus bellezas la Infanta...

Se llama Santa María,
Santa María se llama.

Linda es; no tiene rugas;
blanca es; no tiene mancha;
es más hermosa y más fresca
que el cielo a la madrugada.

Tiene la niña en sus ojos
una luz que roba el alma.
Por modesta, los entorna;
más, cuando al mirar, los alza,
parece que va subiendo,
pero lentamente, el alba!
¡Niña de los ojos puros,
ojos de la niña blanca!

Pues y el caminar? Qué aromas
los que al caminar exhala.
Unos resabios y olores
trae de las manos sabias
con que hace algunos momentos
fuera en el cielo creada,
que está pregonando ser
la carroza de oro y nácar
de la Trinidad Beatísima
que la hizo su morada.

—Y cómo son sus cabellos?

—Son nudo de libres almas.

Prendedme, por Dios, Princesa,
en uno de los que bajan
por el repecho de nieve
de vuestra airosa garganta,
que bien podrá ser que escuche
ese Corazón sin mancha
adonde el fuego de amor
invisiblemente abrasa.

¡Si os digo que del cabello
que encrespado se acicala
sobre aquella frente regia
de un liso marfil labrada,
aprendió a encrespar sus olas
el rey de las muchas aguas.

A fe, no tiene rival
la belleza de la Infanta.
A dicho de todo el mundo
es la criatura más guapa
que ha hecho el pincel sutil
del artista de las almas.

—La niña pasaba el puente.
Mi Dios. ¡qué linda pasabal
¡Miren a la blanca niña,
sigan a la niña blanca!

SIERRA LEJANA

Altos pinares, valles silenciosos,
cumbres de Somosierra y Guadarrama:
en este ocaso lento madrileño
os veo allá, serenas, azuladas.

Madrid, el de los oros vespertinos,
sabio en urdir fascinaciones vagas,
suelta al paseo alegre
su joven coro en bullangueras plazas.
Y vosotras allá, con vuestro altivo
silencio y vuestras cumbres sonrosadas...

Cansado de sonrisas que traicionan,
y del eterno disfrazar palabras,
me voy al gran silencio de los montes,
a sus neveras y a sus hondonadas.

Las recorrí en el esplendor de junio,
¡y hoy son geografía de mi alma!
La mía se me ha vuelto
montañera y serrana,
y va camino de altas soledades,
camino a Somosierra y Guadarrama.

¡Oh neblinas azules
de las hondas cañadas!
Y las trochas que ondulan
hacia crestas lejanas
donde se tiñen al rubor de ocaso
roqueadas grises, nubecillas vagas.

Y ese torrente oculto
bajo las densas ramas
donde bebí la nieve desleída
que en el tazón de piedras se remansa.

Sentir sólo el latir de las arterias...
y oír tu voz, Señor, tu voz que llama...

Tardes de junio, llenas de silencio,
llenas de paz de Dios, ¡tardes doradas!

Vuelvo a esas soledades
que traigo enferma el alma.
¡Altos pinares, valles silenciosos,
cumbres de Somosierra y Guadarrama!

PAZ DE LA TARDE

Paz de la tarde! ¡Horas de ensueño,
de las doradas tardes estivas!
¡Paz de las tardes amplias, solemnes,
hondas, tranquilas!
¡Horas de grande silencio, ansiosas
de confiancias, de poesía!

Desde el ribazo miro a las lomas,
sus olivares en largas filas...
y esas veredas tan solitarias
y esa llanura que se adormila
bajo un etéreo fanal de oro
que alza su incendio tras la colina...

Recuerdo... Lejos, en bellas tierras
de lontananzas ultramarinas,
cómo gozaba de tus encantos
paz de la tarde, lenta, tranquila...

Era un coloquio discreto. Y era
bajo las altas, viejas encinas
que bordan ese camino... ¡Oh corro
de compañeros de alegres días!

¡Qué grato era tejer ensueños...
enviar tonadas a la campiña
bañada toda con lumbre vaga
de un sol muriente de tarde estiva!
¡Paz de la tarde, lenta, tranquila!

De un monasterio de siglos muertos,
caducas ruinas.
La cruz de toscos maderos se alza
sobre paredes aún erguidas.

Un vuelo de aves en giro incierto,
el cielo esplende. ¡Todo medita!

Y el alma, enjambre de remembranzas,
y una difusa melancolía.
Y abajo el lago —líquida gema...—
Y sobre el borde de la colina
hacia el lumbroso turquí del cielo
redondas cúpulas que se perfilan.

Y arriba la honda copa azulada.
Y en nuestras almas ansias divinas..
¡Paz de las tardes amplias, solemnes!
¡Paz de las tardes hondas, tranquilas!

BEATUS ILLE

Vivo en mi soledumbre campesina
donde paso las horas silenciosas
atento a Dios y atento a la divina
revelación discreta de las cosas.

Mirando los azules horizontes
y rimando geórgicos cantares,
como el que vió desde los altos montes
caer la paz nocturna en los hogares.

Bella es mi soledad. Su cristalina
fuente resbala silenciosa y leda
y se ciñe con nieblas la colina
como con una túnica de seda.

Dos centenarios árboles altivos
señorean la paz de mis alcoces,
murmuran con los vientos fugitivos
y amparan a los pájaros cantores.

Bajo sus ramas, en lejanos días,
poblóse de rumores la pradera...;
(hubo una caravana de alegrías
en unas fiestas de mi edad primera).

Allí, al amparo de arrayán copudo
que se alza en soledad contemplativo,

al vano ruido de los hombres mudo,
su trato estéril y engañoso esquivo.

Tal vez me agrada en la quietud sonora
mecermé al ritmo acompasado y suave
de la divina magia ensoñadora
con que Virgilio adormecernos sabe.

El me interpreta la quietud serena
con que duerme en la tarde la llanura,
y el leve susurrar de la colmena
bajo el manto de umbrátil espesura.

Y es para mí su canto deleitoso
cual blando sueño en muelles engramados;
—paz inefable en vida de reposo
que no sabe de engaños ni cuidados—.

Tal vez navego entre templadas lumbres
al docto ritmo del pulido Horacio,
y el alma llega a las serenas cumbres
que en vuelo osado conquistara el Lacio.

Dócil al son del horaciano metro
amo su sobriedad y su mesura:
vulgo maligno y arrogante cetro,
desdeño a cambio de templanza pura.

Dichoso aquel que en la paterna estancia,
lejos de codiciosa granjería,
conserva la inocencia de su infancia
y ama el campo, la paz, la poesía.

Como el que alegre, en el repuesto prado,
festivo día con Falerno añejo,
es para mí su cántico inspirado
finísimo licor de un odre viejo...

Tal vez al guiño del primer lucero,
cuando la tarde extática declina,
y en hondo arrobó yérguese el otero,
voy por mi soledumbre campesina.

Henchida de invisible melodía
asciende el alma a la estrellada altura,
la música del orbe la extasía,
vibra al compás de toda la natura.

Suena un ritmo de espíritus y cosas
en la inefable soledad callada.

Y el alma vuela en noches misteriosas
por el arcano a vela desplegada...

¡Oh paz de mi vivienda campesina,
durase absorto en tu vivir solemne,
secreta escala de la luz divina
por do se sube a la verdad perenne!

Durase allí sin que mi paz turbara
con su falacia el mundanal ruido,
escudriñando con mi vista avara
el reino deleitoso y escondido.

Durase allí para labrar paciente
—orfebre ignoto de una vida pura—
el castillo interior donde, presente,
Dios, todo lo embellece y transfigura.



INTROITO DE LA NOCHE

Tengo un corazón con alas
y campanas y senderos;
pero calla ante los ríos
y ante los ocasos lentos.

—Canta, me grita la vida.
Es la tarde, es el ensueño.
—Imposible! Hay que callarse
lleno de presentimientos.

Este río es todo púrpura,
juncos y árboles morenos
y da relumbres de plata
cuando se riza allá lejos...

—Canta! La vida es hermosa.
Hay amores, hay recuerdos...
—Río largo, ocaso rojo,
no es posible, os voy siguiendo.

—Mira el cielo. Qué azul mate!
Mira esas aves. Qué vuelo!
Río y tarde van viajando
a la noche y al silencio.

Y el ocaso ya no es oro,
ya no es nube, luz ni tiempo...
Ya van a pasar los ángeles
para encender los luceros...

RUMORES

Escuchando el rumor de la cascada
que se despeña en remolino hirviente,
su inmensa soledad el alma siente
y el hondo abismo de su propia nada.

La escucho. Y de improviso, desatada
rompe y salta en mi espíritu una fuente
a cuyo son elévase la mente
por ideal esfera no soñada.

La escucho. Y siente el alma un vago anhelo
de llanto y soledad, ansias de cielo,
sordo tropel de místicos rumores...

Y ya olvidado el curso fugitivo,
solo, reconcentrado, pensativo,
¡me pierdo en mis torrentes interiores!

ESA COLINA...

Colina de los almendros
allá en la aldea lejana
con sus encajes de flores
al sol de la madrugada.

Desde una roca un almendro
se asoma al río de plata
que va entre piedras quebrando
cristales, en la hondonada.

Y junto al río, el camino
—camino de las acacias—
y dos viejos, lentamente,
sin decir una palabra.

Colina de los almendros
con su tul de flores blancas
—¡tan bella sobre los campos
de la aldea solitaria!—

A la fuente va una niña,
a las caderas el ánfora...
Y sobre el tazón de piedra
el chorro, canta que canta...



NOCHEBUENA

*“No sabe de tristeza quien
no oye cantar villancicos
en tierra extraña”.*

Julio Vives Guerra

Y qué tienes, nochebuena,
la del canto y la alegría?
Que vienes, y siento pena...
Por qué tendré el alma llena
de vaga melancolía?

En tu cuna, el mismo canto
de aquellos años, Señor.
Y hoy me trae un suave llanto.
El melancólico encanto
de un impreciso dolor.

Esta nochebuena avanza...
Estrellas, luces, rumores.
Y ondas de viva añoranza.
¡Navideña remembranza
de otros diciembres mejores!!

Viaja en la noche tranquila
remoto son de campana...
Y mi espíritu cavila...
Y allá en el cielo rutila
tímida estrella lejana...

Antorchas por los senderos...
cántares en la ciudad.
Unos dúos guitarreros...

Y en lejanos compañeros
pensando en mi soledad.

Y ese rumor? Cantos viejos...
Los del zagal y el Edén...
¡Amigos míos, qué lejos
cantáis los dúos añejos
en torno a un nuevo Belén!...

Te llaman la nochebuena,
la de paz, la de alegría...
Y llegas. Y siento pena.
Y cada año el alma llena
de mayor melancolía...

PUREZA

En la mañana fría,
sobre la yerba fresca
que blanqueó el rocío
con sus menudas perlas,
del árbol desprendida
sin que turbara apenas
la fronda arrebujada
de matinales nieblas,
cayó con leve golpe,
cual si quebrar temiera
el aire, una rosada
fruta, carnosa y tierna.

Iba por el sendero
también rosada y fresca
la más graciosa niña
que conoció la aldea.
Mirar de virgen tiene
y una color trigueña,
y libre a las espaldas
la rubia cabellera.
Camina silenciosa
por solitaria senda
y ante una fuente, inmóvil,
solo un instante piensa...

Y pasa la fontana
sobre un collar de piedras

que el agua pura ciñe
con un collar de perlas...
"¡Mi Dios, tan linda fruta,
no conocí en mis huertas!"
¡Con un gentil donaire
se inclina a recogerla,
y en el contorno, aromas
de suavidades quedan!

A la casita blanca
la niña va de priesa;
ahora se ha ocultado
detrás de una arboleda.
Y en el camino solo,
entre sutiles nieblas,
vaga un difuso aroma
de virginal pureza...

BAJO LA FAZ DE LA LUNA

Temblor de sembrados verdes
bajo la faz de la luna.
Pasa un vientecillo fresco,
toda la fronda susurra
y vaga como perdida
por la silente llanura
la voz de un gañán que lejos
pausadamente modula.

Allá, en los montes lejanos,
brillan las rocas desnudas.
Sobre la línea del monte,
escueta, nítida, pura,
dos cristalinas estrellas
tímidamente despuntan.
Un jirón de nubes blancas
en el cielo azul se esfuma...
Y solo en la noche sola
bajo el claror de la luna,
de unas añoranzas vagas
toda el alma se me inunda.

EL MILAGRO DEL ALBA

El alma se me anaña
viendo subir la aurora
y desde mi ventana
voy estrenando cosas.

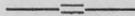
Me saben siempre nuevas
cuando mi amor las nombra.
Cuando yo digo: el río,
la luz, las mariposas.

De nuevo este milagro
de nieblas y de alondras
y esas filas de olivos
por las eternas lomas.

Geometría ingenua
de las besanas rojas,
abejas y abejorros
entre inocentes rosas.

Y otra vez, como siempre,
este sol que se posa
en las cerradas puertas
de la calleja sola.

Aquí estoy, siempre niño,
frente a la nueva aurora,
frente al viaje sin rumbo
de las nubes remotas.



CAMPAMENTO EN LA SIERRA

Se fueron las tardes largas,
las tardes de oro en la Sierra,
y los mozos, los que cantan,
mañana alzarán las tiendas...

—“¡Ay! Madre. Se van los niños.
Hace frío en Somosierra.
Otra otoñada, otro invierno...
¡Las nieves!... La Primavera...”



Es de noche. Ahí en el Valle
—¡Oh valle de las Olmedas!...
sube una copla muy triste
junto a la rojiza hoguera.

“Mañana, cuando partamos,
no bajes, niña, a la vega.
Subir y bajar a solas
hace más larga la cuesta...”

—“Ya se van los niños, madre.
Y el verano... cómo vuela...”
Allá en el fondo del valle
sólo el río, corre y suena...

Los encinares sombríos...
y la noche, sola y quieta,
y la Cruz de los caídos,
¡alta, bajo las estrellas!



AQUELLOS OJOS...

Aquellos ojos que ví...
Tan mansos! Y me han herido...

Ay, qué pozos de veneno
son ciertos ojos tranquilos!

Una llama de otros mundos
les da chispas de oro vivo.

Dicen, con solo mirar,
lo sentido y presentido...

Flechas son. Yo sé de un hombre
que de flechas vive herido.

Ojos negros de mi madre,
en el alma siempre fijos!

Faros son. Qué amable luz
para el navegar tranquilo...

Lagos de paz. La paz duerme
en los ojos de los niños.



Lo celeste y lo inefable
nos llega por sus caminos...

Escalas hacia las nubes,
las gaviotas y el olvido.

Hacia palmeras lejanas
y jardines entrevistos...

Ventanas hacia la noche
de corazones esquivos...

Pozos de cielo, luceros
que atraen a lo infinito.

Sé de unos ojos, —ay Dios!—
lo sé, más no los he visto

Que cuando la noche ponga
sus sombras en mi camino

Ellos me enviarán su luz
desde el azulado abismo.



SUBE EL ALBA

Sube el alba de Dios, sube tranquila
coronada de trinos y de rosa;
el alba de la brisa silenciosa,
del temblor cristalino de la esquila.

Mi estrella matinal ya no vigila,
pero capullo y lirio y mariposa
dan su linda niñez y esa gozosa
ansia de contemplar a mi pupila.

Sube el alba de Dios. Fuego en fanales
y oro desvanecido en los alcores
sobre pudor de nieblas virginales.

Y oh milagro! Ceñido de albas flores
pasa el Dios de viñedos y trigales
con un Cáliz de luz y un Pan de amores.

VIAJE LIGERO

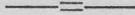
Este viaje fue ligero,
fue de asombros, fue de indicios.
Y aquí estoy, desnudo y solo,
frente al mar, frente al olvido.

Ni este cielo azul, tan bello,
ni este sol serán ya míos;
ni subiré más al monte
por los dorados racimos.

En esa plaza jugábamos
donde hay sol, acequia y niños.
Cosas fugaces. Nos vamos
y tan solo ayer vinimos.

Cuando mis primeros júbilos
yo ví los huertos floridos.
Hoy, otoño y sus tristezas
y sus vientos y sus gritos.

Es en vano. Hay una fuga
hacia el mar, como los ríos...
Este viaje fue ligero.
Y aquí estoy, frente al olvido.



TU Y ANTIOQUIA

En tu canto lejano, montañera que vagas
por la colina verde de los guayabos de oro,
sale de vuelo tu alma y viaja toda Antioquia,
y el Cauca y sus maizales te responden a coro.

Antioquia con su azul y esa nostalgia al aire
de mis montañas y los sombríos cafetales;
con ese humo que sube por las tardes, y el gallo
triste de bosque oscuro y nieblas matinales...

Cantas. Tu voz regresa de los años huidos
cuando te da la tarde sus primeras estrellas.
Hay un viaje de ensueños, de guitarras y lunas
en el bambuco de tus melancolías bellas.

Me traes el arbo de los árboles llenos
de lianas y de aves insólitas y nidos,
y mi vida de niño toda acequias y pájaros
y arreboles de ocaso con ángelus ensombrecidos.

Toda Antioquia en tu canto, blanca de caseríos,
bajo un sol que reitera sus dorados añejos,
el cinturón del Cauca perdido entre maizales,
mi casa sin olvidos, tan cercana y tan lejos...

Tú y Antioquia una sola, montañera que vagas
por la colina verde de los guayabos de oro.
Cantas, y Antioquia --Oh Madre!-- se me agolpa y me
[embriaga
suavemente con todo su inefable tesoro.

S E R E N A T A S

*Quid, quae te pura solum sub nocte canentem
audieram? Numeros memini, si verba tenerem...*

Virgilio, Egloga, IX

En esas melancólicas canciones de la noche
vienen hasta mi espíritu mensajes de dolor.
Y cuando entre la sombra se van languideciendo,
queda cantando a solas y herido el corazón.

Esas canciones viejas... ¡Oh las horas alegres
a la sombra del ancho naranjo familiar!
Rumor de cafetales, vaivén de las palmeras.
Todo ese vago ensueño de noche tropical.

Por qué al herir el arpa de sonos misteriosos,
las cuerdas olvidadas hacéis estremecer?
Por qué recuerdo el valle, las colinas amadas
y las fugaces horas de la feliz niñez?

¡Dúos para el ensueño del plenilunio! Errantes
bambucos guitarreros, graves de soledad...
Voces lejanas, voces henchidas de añoranza,
mensajeras dispersas, náufragas de otra edad.

Tonadas de mi tierra, dulce voz del paisaje,
cómo expresáis aquello que yo no sé decir.

¡Y cuántas inquietudes levantas en mi alma,
bambuco montañero que en el hogar oí!

Alguien pasó cantando tonadas de otros tiempos
en una clara noche de tropical rumor.
Y cuando ya a lo lejos el canto se extinguía
cantando y sollozando seguía el corazón.

JAZMIN SOLO

No hay más luz ni más norma que tus pétalos blancos,
jazmín solo y absorto en tu sola blancura,
rey del sosiego y del aroma y de esta tarde
que se recoge toda tan dorada y tan pura.

Tú, la tarde y mis ojos. La intimidad perfecta
de la flor, de los éxtasis vesperales y el alma.
Jazmín bajo el moreno aire de los ramajes,
sumida en su silencio, su pureza y su calma.

¿De qué nieve remota, de qué aromas lejanos,
de qué luna y neblinas cristalizó tu estrella?
Jazmín tan bello y solo que rehuyes los vanos
alardes de la altiva dalia y la rosa bella.

Vendrá la noche al huerto y aromarás tú solo,
perfecto en tu belleza y en tu fragancia pura.
Y habrá en el alma mía, más alta y más sencilla,
una lección amable de arrobo y de blancura...
